

Jeanne Sandeli3n

Montherlant y las mujeres



RIEU La Rochelle escribía a propósito de *La Reine morte*: "Se dice que Montherlant es un gran despreciador de la mujer, aunque 3l lo niega, no sin ese punto de demagogia que descubre al inevitable c3mico en el m3s altivo artista (...). Mas, a pesar de todo, Montherlant es el hombre que m3s atentamente ha pensado sobre la mujer, la cual no se llama a enga3o ante 3l" (*Nouvelle Revue Fran3aise*, 1.º de febrero de 1943).

Esta reflexi3n podría resumir las relaciones de Montherlant con el sexo femenino: inter3s profundo, tenaz, acentuado hacia nuestro sexo, hasta el punto de que quiz3s no se encuentre otro escritor franc3s contempor3neo que haya creado tantas hero3nas diferentes y siempre tan vivas; tanto, que se desearía recoger y seguir el hilo de su destino all3 donde su creador las ha abandonado.

Le Sogue, *Les Bestiaires*, hasta *Olympiques*, son libros tan "mis3ginos" como *Les Jeunes Filles*. Y es curioso que no se hiciera notar esto cuando aparecieron. Mejor todav3a, casi podr3a decirse que la acusaci3n de misoginia no ha sido lanzada contra Montherlant en el espacio de los cuatro a3os siguientes a la publicaci3n de *Les Jeunes Filles*. Fu3 mucho m3s tarde cuando se convirti3 en uno de los instrumentos de la propaganda antimontherlantiana, precisamente, en

unos momentos que Montherlant no hace más que tratar bien a las mujeres en sus obras, y en ese momento —hacia la época de la Liberación— que se echa mano de lo que sea contra él, esta acusación pierde mucho de su seriedad.

Durante el período mismo de su máximo tono agresivo contra las mujeres, la severidad se halla mitigada, a menudo, por la galantería: inclinación amistosa y entusiasta por las deportistas, las bailarinas; nada contra la infanta de Castilla, excepto la pirueta final; ternura y ternura solamente en *La Rose de Sable*; las cualidades de Solange (*Les Jeunes Filles*) son muy estimables al principio, lo mismo que las de Andrée. Hacia las madres, vistas desde el ángulo maternal, evita toda alusión molesta... En fin; es en esta época cuando Montherlant prologa novelas femeninas y escribe *Sur les Femmes*, pequeño volumen donde la rosa le importa casi más que la espina; esa época representada por el estudio sobre el matrimonio Tolstoi y algunas humoradas que, por otra parte, no son más que alabanzas. A partir de la guerra, los ataques a la mujer desaparecen enteramente (1). Sin duda, el valor heroico del sexo femenino, observado durante estos crueles años, no fué ajeno a este cambio. Valor al cual Montherlant rinde homenaje en un capítulo de *L'Etoile du soir*, ese libro emocionante sobre la infancia desvalida, para aliviar a la cual colaboró con la Cruz Roja suiza: "El valor inaudito de todos los seres que nos rodean y, sobre todo, de las mujeres: un monstruoso valor el de ellas. Ni una queja; poniendo siempre buena cara a todo. Y olvidando su propio peligro para socorrer a los demás; secundando, socorriendo y salvando al hombre desde el fondo de su miseria. Pues el hombre tiene pocos socorros para el hombre. Yo he escrito a menudo que el hombre es más frágil que la mujer. La menor cosa lo desespera (...), ¿Me engaño? Estos son los hombres que se matan".

(1) Hagamos notar que el mismo subtítulo de *La Reine Morte*, "Como se matan las mujeres", ha desaparecido de las reediciones hace algunos años. ¡Pequeños signos de la gran reconciliación!

“Sin embargo, cuando uno ha dicho de las mujeres cuanto de desagradable cree que hay que decir, todavía hay que añadir, con Byron, que son mejores que los hombres. Más fieles, más generosas y, en el dominio de las emociones, más sinceras...” (Cyril Connolly). Al invocar a Byron, Montherlant —creemos nosotros— lo hace para unir a la cita su retractación. Pero, ¿es preciso hablar de retractaciones en lo que concierne a Montherlant? ¿No había escrito ya, quince años antes: “Es falso pensar que el lado viril del alma y de la vida no sea comprendido por las mujeres. Al contrario, el carácter, la grandeza, lo patético, lo humano en fin, son sentidos y apreciados mucho mejor que por los hombres (*Revue de la Femme*, 3 de febrero de 1928).

Yo misma le he oído decir a Montherlant que casi todos los personajes de su *Port-Royal*, escrito entre 1940 y 1942, son mujeres (¡once papeles de mujer!) y que todas estas mujeres son o admirables, o simpáticas. Por consecuencia, en su teatro la mujer tiene siempre un buen papel frente al hombre. “Todos los hombres que conozco —dice la infanta de *La Reine Morte*— los he encontrado cobarde. Cobardía es una palabra que, irresistiblemente, me evoca a los hombres”. “Los hombres rebajan los sacrificios que las mujeres hacen por ellos. Lo cual no les impide aceptarlos” (*Fils de personne*), etc. . . . Habiendo descargado de un golpe sus rencores personales en *Les Jeunes Filles*, aliviado de este lastre horroroso, Montherlant eleva a las mujeres de un salto hacia las más altas cimas de la femineidad. Y lo hace, colocando frente a esos héroes turbios, inquietos, crueles, esas heroínas ideales: Inés tiene todas las virtudes, Mariana es superior a su padre y así lo reconoce él: “Tú eres mejor que yo”; la infanta, inteligente y fiera; Isotta, de cabeza más sólida y de corazón más cálido que su marido, capaz de todas las abnegaciones; y Marie Sandoval mismo, que sobrepasa —¡con mucho!— a Carrión.

A la que Montherlant coloca en la picota, es a esa mujer que él llama la *stryge*: la mujer-ídolo, la mujer que destruye y que devo-

ra al macho, y su repulsa de ella es, en suma, un homenaje a las mujeres dignas de este nombre: "Cuando una mujer no es moralmente buena, se convierte en una cosa abominable (2); o es lo uno o lo otro (...). Cuando una mujer carece de modales, cuando no está bien educada, es un stryge (...). ¿Sabéis lo que es una stryge? Pues bien, yo diría "zorra" si fuera hombre que emplease otra lengua que la del Quai-Conti. Todas las mujeres que se dan tono, todas las mujeres *vamp*, las "grandes coquetas", las mujeres "¡Hola! ¡Hola!" todas las mujeres que hacen insertar sus fotografías en las revistas y periódicos, todas esas que yo englobo bajo el nombre de: "mujer-cabeza-abofetcable", son las stryges. Son esas stryges que tomaron como ejemplo las religiones, las filosofías y los moralistas que, desde hace milenios, lanzan el menosprecio o el anatema sobre la mujer, cometiendo el error de no hacer notar que se refieren a un determinado sector de mujeres y solamente a ellas... Si los hombres se conducen mal con las mujeres, es porque les tienen miedo, porque están obsesionados por las stryges (...). Y he aquí cómo, entre nosotros, las buenas pagan por las malas" (*Pitié pour les femmes*).

En esta declaración de Costals a Solange —que llegará a ser, ¡ay! una stryge, puesto que ella ¡quiere casarse!— nosotros encontramos el pensamiento exacto de Montherlant. Por otra parte, en todo esto hay una exasperación pasajera contra las mujeres; también dice, no sin energía, que él no ha tratado a las mujeres con una severidad particular, diferente a la empleada con los hombres. Unos y otros son tratados según su temperamento, con esa manera de ver pesimista y muy a menudo sarcástica que él tiene de la vida y de la humanidad. Porque este hombre, que se jacta de ser feliz y del

(2) Y el hombre que no es "moralmente bueno" ¿en qué se convierte? Se advierte perfectamente el homenaje, incluso en esta exigencia; se nos exige la perfección de los ángeles. A propósito de ello nos viene a la mente el conocido dicho sobre los amos y los sirvientes: Ante la perfección exigida a la mujer, ¿cuántos hombres serían dignos de ser mujeres?

que se puede pensar que lo es, representa al hombre para el cual lo trágico de la vida humana está presente sin cesar. ¿No es él quien, bajo el nombre de Carrión, dice: "¡Esto es atroz, sin duda, pero me parece que la vida también es atroz" Su vida carece de esperanza, de ventana hacia el más allá y lo divino; para él, este mundo no tiene una prolongación metafísica: "toda religión es una impostura" (Marg. Lauze, *Biblio*, 9 noviembre 1949). Otras veces dice que "la vida es un recreo concedido al hombre", pero lo hace con una sonrisa dubitativa o burlona. Tal vez de este sentido trágico, que analiza y comprueba debidamente en su lucidez, nace esa piedad inclinada particularmente hacia aquel de los dos sexos que tiene mayor capacidad para el sufrimiento. Así lo muestra a veces y de una manera singular en *Pitié pour les femmes* donde, saliendo de su pluma podría verse un motivo de irrisión en la palabra y en el título. Y, sin embargo, se trata de piedad real, comprensiva y creadora.

Realmente, en Montherlant existen dos actitudes frente a la mujer, según se trate —me atrevo a emplear jovialmente estas expresiones fuera de su significación existencialista— de la mujer para sí o de la mujer en sí. Y esto crea, en verdad, un equívoco penoso. Montherlant pide a la mujer —en cuanto ha de ser para su uso personal— estar privada de espiritualidad, de personalidad, de voluntad, de relieve: no ser más que un gracioso animal, poco o nada molesto, "inútil fuera del amor y que él aparta entonces con una dulzura firme" (*Le Sogne*). El ha separado enteramente a Lilith de su universo privado, no ha tolerado que Eva esté cómoda; Lilith le interesa, pero le espanta: ¡que ella quede a distancia de su corazón y hasta de sus sentidos! En el dominio del amor montherlantiano, como en el código, es el macho quien manda, quien decide, quien dirige las operaciones, concediendo y negando las citas. Y si Montherlant no tuviera en su activo más que esta clase de interés hacia el sexo femenino, nosotras nos sentiríamos humilladas.

Pero su conocimiento de la mujer sobrepasa a aquel que puede adquirirse con el solo contacto carnal; en tanto que, numerosos

Don Juanes, se contentan con lo aprendido por esta sensación. Montherlant, a pesar de las apariencias, ha sentido amistad hacia la mujer, y una amistad inteligente. Una amistad que, a veces, se traduce bruscamente: "Lo que hago, es por usted", dirá, como me dijo a mí a propósito de mi manuscrito *L'Age où l'on croit aux îles*. Quien bien te quiere te hará llorar.

No ha querido de las mujeres otra música que la sexual, pero conoce todos los registros de su sinfonía mejor que la mayoría de los hombres: "Todo lo que existe en las mujeres fuera de su cuerpo y de su amor; todo eso tan insospechado por los hombres y tan poco deseado por ellos . . ."

Tal anotación en el álbum de una enferma en un hospital; tal otra, sobre las mujeres que leen los anuncios por palabras para encontrar colocación; el capítulo de *Les Jeunes Filles* hablando de Germaine Rival —que es una "entretendida"— revelan un conocimiento de las "oscuras", un interés y una simpatía por ellas que sobrepasa el sentimiento que ordinariamente experimenta el rico burgués, por la mujer de condición modesta, a la que se ve unido por una o varias noches de amor.

Claro que todas estas apreciaciones sobre la mujer, este interés y estudio de su comportamiento, no se encuentra en un solo libro, sino que hay que espigarlo, porque están diseminados por toda la obra de Montherlant: Algunas de estas anotaciones prueban su atención hacia el comportamiento femenino, otras una verdadera ternura y con todas se podría formar una antología tan importante como la que podría hacerse de las satíricas y crueles:

"Es buen síntoma cuando ciertas mujeres se normalizan: Quiere decir que, aliviadas de una crisis, vuelven al hogar".

"El hombre se entrega más enteramente a la mujer en el sueño junto a ella, después del acto sexual, que en el acto mismo".

"¡Qué gratitud tan grande y eterna la de la mujer acabada, por el último hombre que la haya besado con deseo!"

“Una mujer que te quiere, oh macho estúpido, da menos la medida de tu poder, como crees, que la de su grandeza”.

Y estas otras definiciones puestas al margen de las admirables desnudeces de Mme. Laure Albin-Guillot, son otras tantas caricias amorosas:

“Mujer-mar. La luz ríe sobre sus ondulaciones, como el sol alrededor de los vagos.

“Mujer-esponja. Si uno apretara su cuerpo con las manos, de él saldría el sol.

“Mujer-tierra. Desnuda, inmóvil, gran paisaje dulce, con sus montañas, sus dunas, sus promontorios, con sus valles y sus bosques (...). La mujer-tierra. La diosa Geo”.

Y todavía: “Como los ríos infernales corren, en parte, por la superficie de la tierra, pero tienen su manantial en las profundidades, ¿no se diría, que las venas de sus senos tienen las raíces en el corazón?”

¿En qué obra contemporánea encontramos tales acentos para celebrar la belleza femenina? Por eso, nos parece inútil insistir sobre una de las constantes en la obra montherlantiana, como es la exaltación de la carne y el cuerpo femeninos. No hay duda de que la mujer le interesa más en el plan carnal, sin embargo, en Montherlant creemos ver un prejuicio de *no más allá* de su belleza y sus sentidos; porque en vez de encontrarlo siempre obnubilado por la obsesión erótica, vemos que la quiere también en su pureza —Domi- que, de *Le Sogn*—, en su frescura de alma, en su dignidad, en su honestidad, en su maternidad, en su superioridad sobre el hombre —“Tú puedes lo que yo no puedo”, dice a la “pequeña 19” el héroe de *Olympiques*—, en su valor, en su personalidad, en su carácter, hasta en su voluntad —las heroínas de las novelas femeninas que él ha prologado o estimulado, en dos de ellas al menos, que yo conozco, son conscientes, rechazan un destino mediocre o se rebelan contra él, contra lo menos noble de su femineidad— y, sobre todo, en su sensibilidad, en lo esencial y lo mejor de su femineidad. Una de es-

tas novelistas por él prologadas, Germaine Théron, autora de *La Danse des peines* —“el libro más bello que he leído desde hace diez años” (Montherlant)— me decía: “lo que a Montherlant le gusta de mi obra, puede ser la manera específicamente femenina de ver la vida”.

Por este gusto por la mujer tradicional, esencial, se puede pensar que la obra de Montherlant dé a muchos —a los jóvenes sobre todo— una impresión de pasada y caduca. Hace tiempo Mme. Anne El-Dey escribía de él: “Que en la mujer sea un error tratar de semejarse al hombre, lo deja traslucir el poeta, cuando de ella le importan más las leyes eternas, que las pretendidas necesidades del momento. El remite lo femenino, como hace Claudel, a su papel de complemento y sostén del hombre, al cual le está reservada la acción. ¿No nace la armonía mejor, y el más grande amor, de la diferenciación acentuada entre los dos elementos que componen la pareja?” Sin embargo, no olvidemos que este hombre antimoderno, enamorado de la mujer “eterna”, ha sido uno de los primeros en saludar con entusiasmo su emancipación física. Aunque, tal vez, en este combate contra la rutina corporal, entren apreciaciones de orden estético; y, en último término, erótico. En el prefacio a la edición de 1938 de sus *Olympiques*, insiste sobre el tema, a propósito de las ideas de Georges Hebert sobre la belleza femenina: “Estas ideas constituyen uno de los esfuerzos más amistosos que se hayan hecho para mejorar la condición social de la mujer. Dar a las mujeres la fuerza muscular es, ni más ni menos, que darles la fuerza; por ésta las liberta del imperio del macho, la libra de su sensación de inferioridad, fuente de tantos de sus errores, de sus maleficios y de sus ridículos; las prepara para otra suerte de amor, donde ellas tendrán un papel más sano. ¿Cómo no lo han comprendido así las mujeres? Mas hoy, como ayer, ellas prefieren solicitar por medio del artificio y la cosmética, aquello que obtendrían con más dignidad por la educación física; ellas prefieren reinar con recursos mediocres, a reinar por imposición. Resultado: favoreciendo la pendiente

del mundo, este reinado se debilita cada vez más en Francia, a pesar de que el afeminamiento del hombre abre a la mujer un camino más fácil, en tanto que en la URSS, por ejemplo, donde la mujer ha roto con su delicadeza (¿debilidad?) secular, una parte del poder ha pasado a sus manos”.

Este texto singular se presta a muchos comentarios. Primero, ¿qué ha pretendido Montherlant haciendo la apología de la mujer marxista? ¿Está evidentemente seguro de que la cultura física —por lo menos la pura, no la resultante de trabajos duros— fué uno de los elementos de su “liberación”? ¿Cómo no sentirnos tentadas de buscar en nuestro derredor un punto, desde el cual rebatir esta idea del reinado femenino basado en la fuerza física? Porque, en el mundo de los hombres, no hemos visto que sean los boxeadores los que lo gobiernan y cambian y, por nuestra parte, preferimos ver deseada a la mujer que reina por la virtud y el espíritu. En cuanto a esas ciertas emancipaciones que acaban con las costumbres, evocamos esta reflexión de René Boylesve, leída recientemente: “No se apercibe uno de que esa emancipación, esa libertad de costumbres, que se esfuerza en conseguir para la mujer, colocará a éste —como consecuencia infalible— en la misma situación del animal doméstico, el cual se utiliza o se cambia, sin consideraciones ulteriores... El prestigio y el reinado de la mujer es el cristianismo quien los consigue”. ¡Razón de más para que Montherlant odie al cristianismo! Desde nuestro punto de vista, lo que reprochamos a Montherlant es no conceder a la mujer un papel más noble en la sociedad, mediante el cual pueda ella llegar al fin de su grandeza. De su *verdadera* grandeza. Esto, sin reclamar para ella, en ningún caso, ese pedestal que Montherlant le niega tan obstinadamente: “Ella no tiene ningún derecho a un respeto particular. No existe razón valedera para que una mujer sea tratada de distinta forma que el hombre...”

Decretar esto hoy, sería tanto como echar abajo una puerta abierta; y esa deseada nivelación social, no tardará mucho tiempo

en satisfacer a Montherlant. Por nuestra parte añadimos —no sin alguna malicia— que “reclamar la igualdad, es reclamar el fin de los tratos de favor, pero, al mismo tiempo, también el fin de las tiranías”, como ha escrito Marguerite Grépon, y “de una cierta concepción de las relaciones entre los sexos”. “*L’homme a femmes* —continúa— y más comúnmente, un cierto tipo de gran burgués, decidido y cultivado amador, creían que todas las mujeres están fabricadas para su uso. Este espécimen de hombre que tenía “separados la carnes y el espíritu” era el producto de una especie de humanismo a la vez feroz y delicado...” Nosotros lo sabíamos ya; ¡Montherlant es uno de nuestros últimos humanistas!

Hay, en su rechazar la galantería tradicional, algo bueno, legítimo y exagerado; por cierto que nosotros preferimos una amistad sólida a las galanterías superficiales y egoístas; pero existen algunas cosas, en la civilización norteamericana, por ejemplo, que repugna a nuestras costumbres; la mujeres de nuestra generación, sobre todo, han querido servir al hombre, lo cual no implica ninguna humillación. Nosotros creemos en la igualdad dentro de la diferencia; cada uno su papel, y la vida armoniosa de muchos hogares, donde la mujer se siente feliz en su lugar de “segunda” querida y respetada, puede ser reflejo de la sociedad. ¿Cómo no amar, de la tradicional cortesía, tan francesa, los gestos bellos del más fuerte hacia el más débil, los cuales seguramente quedarán, a pesar de todas las evoluciones?

Pero en fin, de aquí en adelante no discutiremos más con Montherlant. El fin que nos hemos propuesto no es mostrar lo que él debería ver y celebrar en la mujer, sino lo que ha visto y alabado: la mujer en la perennidad de su esencia carnal y sensible, en su idiosincrasia, en su *especificidad*, si se me permiten estos términos un poco pedantes.

(De “Hommes et Mondes”. Tradujo, Eugenio Mediano).